

DOMINGO III DE PASCUA (CICLO A)

En el evangelio de este domingo volvemos a encontrar la íntima relación que existe entre Jesús resucitado y la Eucaristía. Se nos dice que los discípulos, que caminaban tristes, no supieron reconocer al Señor en el desconocido que se les acercó, pero que tomaron conciencia de su persona «al partir el pan». La invitación que le hacen, «quédate con nosotros», expresa el anhelo de los cristianos, que queremos que Jesús permanezca con nosotros en todos los avatares de la vida. Los discípulos de Emaús caminan tristes porque se ven arrojados a recorrer la vida solos. Es lo que ellos piensan.

La muerte de Jesucristo en la cruz les ha llevado a pensar que el Señor, el único capaz de llenar plenamente de sentido sus vidas, ya no está. Entonces su conversación, a pesar de ser sobre temas religiosos y de fe (van hablando de lo que ha sucedido en Jerusalén en aquellos días), no les enciende el alma. Hablan de Cristo, pero sin Cristo. Lo mismo puede suceder a nosotros al hablar de Dios en las conversaciones, la catequesis o la predicación, si hacemos un discurso meramente humano en el que Dios no interviene. Se atribuye al papa Borgia esta frase: «Tanto hablar de Ti y tan poco hablé contigo».

La situación cambia cuando en ese diálogo interviene Jesucristo. Los discípulos confesarán después admirados: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». El Evangelio no se nos ha dado para ser material de conferencias, sino para nuestra salvación.

Al llegar a la aldea, Jesús hace ademán de pasar de largo, pero los dos hombres le insisten para que se quede. Simbólicamente podríamos decir que esto es lo que sucede en todo hombre al que le es anunciada la fe. Debe hacer pasar lo que se le enseña de la inteligencia al corazón.

Los discípulos pasan de la catequesis a la celebración. Ambos elementos siguen siendo imprescindibles en la vida de la Iglesia y lo serán hasta el fin de los tiempos. Hay que anunciar y hay que celebrar. Y cuando Jesús parte el pan, lo reconocen y entonces Él desaparece (visiblemente). Jesús sigue estando presente bajo las formas eucarísticas. Y entonces, esos discípulos, que habían sentido la premura de la noche y habían buscado refugio, se levantan inmediatamente para recorrer el mismo itinerario hacia Jerusalén de una manera nueva. Ahora ya saben que Jesús va a estar con ellos en todos los momentos de su vida. No ha desaparecido, sino que se ha quedado para siempre. Lo que los discípulos pidieron desde su condición humana, «quédate con nosotros», oración que está en el corazón de todo hombre que busca a Dios, Jesús lo cumple con abundancia y permanece para siempre con su Iglesia.